

Gracias al regimiento de Caballería, Cazadores de Alcántara, al mando del teniente coronel Fernando Primo de Rivera que, con gran valentía, frenaron el ímpetu de los cabileños, pudieron llegar a Monte Arruit unos 3.000.

Yo, siendo de esta tierra, conozco a los chicos de pueblo de antes, y Tomásín sería de los que corrían descalzos por el rastrojo. Así pues, me aventuro a creer, ya que nada hay en contra, pues la falta de información por parte del Estado fue total, que a Tomásín no pudieron pillarlo, aunque no tuviera botas, y fue de los que llegaron a Arruit. Pero, sería peor para él. Pues si corrió como un desesperado, por entre los centenares de compañeros que quedaban en el camino, dando gritos de dolor -los que aún les quedaban minutos de vida-, no fue mejor el final de los que llegaron a Arruit, donde intentó hacerse fuerte el general navarro, pues fueron asaltados y pasados a cuchillo todos, menos 600 que fueron prisioneros. Pero, éstos eran militares con graduación, para pedir un buen rescate, cuatro millones de pesetas que, como el Estado no podía pagarlos, lo hizo el magnate vasco Echevarrieta. El soldado Tomás Guerra, no tuvo esa suerte. No fue elegido. El ser un simple soldado lo condenó a morir.

Cinco años más tarde, el coronel Pozas, fue el primero en poder entrar en las ruinas de Annual. Lo que vio era estremecedor. Hasta el punto de que después llegaría Franco y, al ver lo que quedaba de las atrocidades cometidas en Monte Arruit y Dar Drius, quiso vengarlos con sus legionarios, pero no se lo permitió Primo de Rivera.

No quiero hacer el menor comentario sobre la situación de angustia que vivió Tomás en ese larguísimo día, el mayor del año, ante los acontecimientos que pudo ver a su alrededor y no porque no lo sepamos. Varios de los que fueron rescatados lo han contado, como el capitán Fortea.

Lo pasaremos por alto y ponemos fin a este tristísimo suceso, del que ya nadie se acuerda. Creo que es de justicia traerlo a colación, por el escaso eco que tuvo en su día, en la comarca, aunque sí lo tuviera en el Congreso. Aún no había transistores de radio aquí.

Así pues, mientras en su pueblo estaban haciendo los preparativos para celebrar la fiesta de San Juan del año 21, un “mocico” de Santibáñez, un chaval, moría de la forma más espantosa que se puede imaginar, viendo como asesinaban a sus desarmados compañeros antes de que le tocara la vez a él. Era inútil correr. Además... ¿hacia dónde? No hubo piedad para unos jóvenes que habían sido llevados a Marruecos contra su voluntad y que no entendían por qué tenían que morir luchando contra unas personas que, ellos sí, defendían su tierra contra extraños. Y lo que es peor, no hubo quién los enterrara. Lo que siguió no es para contar en este recordatorio.

**TOMÁS GUERRA LÓPEZ (SOLDADO)**  
**MURIÓ ASESINADO EN MONTE ARRUIT (MARRUECOS)**  
**EN LA TARDE DEL 22 DE JUNIO DE 1921**

No estará su nombre en la puerta de la iglesia, pero los habitantes de su pueblo sabrán que existió y cómo murió. Yo me conformo con eso. Y él, creo que también.

¡QUE DESCANSE EN PAZ, TOMASÍN!

## Historias de mi pueblo

Por LORENZA FERNÁNDEZ

No sé si la gente joven lee nuestra revista, pero sí lo hace mucha gente mayor a la que le gusta recordar lo que pasaba en su pueblo y el ambiente que había en él. Recuerdan con mucho cariño lo que vivieron y lo que les contaban sus antepasados; muchas historias que les parecen cuentos de hadas, pero que las vivieron; historias como éstas que son de verdad y que cada generación ha vivido en su tiempo o que las ha oído contar como yo las escuchaba de mis mayores.

Pues bien, ésta es mi historia, la recuerdo perfectamente. El barrio del pueblo del sol poner, al otro lado del puente, fue llamado el barrio de Palacios (y remotiado por los del otro barrio con el nombre de “barrio de los pobres”) y el de éste, llamado barrio Villazala, también fue llamado el del naciente, por donde sale el sol.

\*\*\*

Esta es la historia de El Campo. Había una palera en el segundo lote de las tierras del camino Toralino, a la altura de la entrada del camino los Quiñones, hoy desaparecida, como la palera del responso de los muertos, cuando paraba en Las Llamacinas el cortejo fúnebre y frente a ella le cantaban “la tremenda” y adelante. A la altura de las majadas, más o menos, del camino Astorga salía una mala rodera de carro, partiendo las tierras en dos para que el labrador tuviera más trabajo, teniendo que cruzar la rodera para trabajar un cuartal de terreno; a veces dos celemines. Esta rodera se perdía cerca del camino de Los Quiñones, quedando en una pequeña senda que cruzaba el camino siguiendo por detrás de Toralino hasta Riego, senda que utilizaban, para llegar más pronto a Astorga, nuestros antepasados, que viajaban mucho a pie. Y de ahí venía el nombre de sendero de Riego.

Siguiendo el camino Astorga, a la altura del cementerio, salía otra rodera llamada la rodera de La Cepedera, que se perdía a poca distancia, quedando el bago llamado La Cepedera en un charco, dando acceso a las tierras de La Llamera en un nivel un metro más altas, haciendo recodos por allí abajo, al lado de una gran zanja que había que azancar a pie para entrar en las tierras de Los Quiñones que estaban de praderas y en las que pastaban los ganados dejando allí sus excrementos que servían para ir a moñicos y cocer la comida. Decían que aquellos moñicos tenían más hebra porque al cogerlos iba pegada la hierba que era de buena calidad.

Al pasar La Cepedera, por un triste sendero, ya que nadie quería dejar pisar sus tierras, y azancar aquella gran zanja que no azancaban muchas veces las patas, se caía uno dentro y tenía que sudar para salir. Además eran unas praderas atolladizas. Me contaba con mucha gracia una señora, que, estando guardando una vez el borriquero, se atolló y estuvo atollada hasta que fue su abuelo con la comida. Allí también se ponían muchas eras. Estas praderas daban acceso al prado Gadaña y éste a las tierras del Veintiuno por el poniente, por Villarnera al norte; lo demás ya era campo nuestro. El nombre del prao Gadaña, no conozco su origen. Al comenzar por arriba, había una palera muy famosa que daba nombre a las tierras de su alrededor, llamada la palera el Rojo, y las tierras del sol salir, a la larga del camino que llegaban a empalmar al de los Quiñones, eran las del Veintiuno. Llevaban este nombre porque habían costado veintiún reales; eran muy largas y



**Despedida de Araceli en el salón del pueblo (4-2-2001)**

tenían una zanja grandísima a cada lado. Por la cabecera del riego, a la larga del camino, bajaban el agua de unas fontanas que había entre Villanera y Toralino que aprovechaban para el riego. Estas zanjas casi nunca las limpiaban; estaban llenas de hierbajos y un barro pegajoso que se pegaba a uno como el cirulo.

Aquellos hombres de antes se pasaban las noches metiendo el agua del manadero de La Cagaya y las fontanas y, al llegar el día, naguaban con unas palas de madera, las pocas tierras que cultivaban; pues si poco les costaban, menos producían. La mitad estaban de pradera sin cultivar produciendo solo abrojos y espinos. Era un terreno muy bruto; salían unos tarrones enormes que trataban de moler a maza y el trillo, pero aún así se volvían a ellos.

Estas aguas caían al reguero Manadero. El Manadero La Cagaya recibía ese nombre tan pobre por dar poca agua. En el campo había tres manaderos, sin contar lo que manaba en muchos sitios de los cuales aprovechaban el agua para regar las tierras bajándola por el reguero hasta La Calzada, aprovechando también la de las fontanas de Toralino. Los tres manaderos se llaman así hoy día: el manadero de Los Siete Becerros, el Manaderón y el de La Cagaya, ya perdedizo. El de los Siete Becerros y el Manaderón conservan su existencia. El Manaderón está casi al terminar el camino de Los Quiñones. De este camino sale hacia arriba una rodera corta, con una zanja por la orilla que desemboca en el reguero Manadero, donde suelta el agua que mana de un gran pozo a pocos metros del camino, que fue muy potente en algún tiempo, pero hoy niega su agua, en parte, por la falta de limpieza y porque está medio enterrado; no como en aquellos tiempos que manaba un buen reguero de agua pura y cristalina. El de Los Siete Becerros existe en la tierra D. Donino Fuertes, que antes la tuvo plantada de mimbre D. Francisco Miguélez. Aún se bebía el agua en tiempo de verano cuando se acababa la barrilada. Era muy buena hasta que llegó el sulfato al mimbre y se dejó de beber por miedo a la contaminación; hoy sale por un tubo al desagüe.

Su nombre lo recibió de esta historia. Los alrededores estaban de pradera comunal y era pastada por los ganados del pueblo. Había

un pozo en medio, no muy profundo, que manaba bastante, pero no se podía acercar uno a ver los manantiales, porque en un gran trecho enderredor el terreno era movedizo, se movía y se hundía tragando lo que podía bailaba como un flan al mismo tiempo pegajoso. Había cuatro regueros con cembos altos donde se ponía la gente a bailar perdiendo el calzado que se lo tragaba el terreno. Los regueros que salían de él vomitando el agua al exterior iba a parar la mayoría a las Adoberas, dando cauce a los cauces de abajo y aguas perdidas. Las Adoberas reciben ese nombre por sacar de allí barro y hacer adobes es terreno comunal plantado de chopos.

Pues bien, en las praderas donde está el Manadero y se veían los manantiales cuyo nombre es el de Siete Becerros, pastaban los

ganados de la Vaquera. Un día, hace muchos años, estando pastando la Vaquera, andaba una vaca en celo y, al verse acorralada por los toros, se metió en el mismo Manadero y tras ella siete becerros que corrían tras ella quedando allí todos bajo el barro que se los tragó sin volver a verlos nunca más, dejando su historia y nombre a este manadero y a las praderas de su alrededor.

La pradera corría desde donde era el campo de Santibáñez lindando con Toralino y Villanera, campo abajo, hasta el Ferredondo donde todo era pradera campo abierto para todos los ganados.

Al hacer los cauces por otro lado es diferente. La zague del Campo cruzaba el campo de Villanera a dar a la esquina de la parcela de mi padre, cruzándola a dar a la nueva zague donde está marcada hoy día. Allí siempre tiene el mejor fruto, si no se ahoga; aunque el verano sea seco, allí siempre hay humedad. En esta nueva zague que viene por Riego abajo hay dos molinos abandonados, uno de Toralino y otro de Santibáñez que tienen algo de historia. El de Toralino era del pueblo y el de Santibáñez también. Los que molían en Toralino tenían que dejar la piedra llena para el siguiente que moliera, pero había uno que era muy listo y recogía lo que tenía la piedra y no dejaba nada. Un día lo vigilaron y lo cazaron. Le dijeron: "Tú, fulano, o dejas la piedra llena o no muelas más". Y no tuvo más remedio que llenar la piedra. Hoy está abandonado. El de Santibáñez era del pueblo también. Un día fueron dos tíos de mis padres a moler. Debían entender poco de molienda. Echaron el grano y aguantaba mucho a moler. Le dijo uno al otro: "Crista, vaya bien que muele; aguanta mucho". Terminaron de echar el grano y fueron a recoger la harina. Se quedaron blancos; no había harina. Salieron fuera a ver la zague y, ¡oh sorpresa!, el grano ya llegaba a la pontejonera de Toral. En lugar de echar el grano en la piedra lo echaban en la gatera que pasaba el agua. Luego fue vendido a la familia de D. Cayetano Fernández donde trabajaron sus hijos. También está abandonado.

El reguero Manadero corre a la larga del camino de Los Quiñones. Un ramal baja a la larga del camino de los Quiñones abajo y

otro cruzaba a dar a un pedazo de tierra llamada La Pradilla y también Las Lagunas, de donde salían las Borgañas. La de arriba, que era muy húmeda y baja, daba mucha hierba. Hacía varios recodos, sobre todo uno frente al pueblo, haciendo dos ramales: uno desembocaba al río y otro para La Calzada, campo de los ricos. Así la denominaban tiempos atrás.

Hasta la “abolición de las castas”, el campo se clasificaba en varias categorías. Antiguamente los más ricos se burlaban de los pobres, los atacaban al clasificar y repartir el campo; se quedaban con el bago de La Calzada, El Bagocima, Los Linares y La Parada y para los pobres dejaban los peladeros de La Matilla, La Gatiña, Los Picaños y todos los terrenos malos. Había muchos ricos que despreciaban a los pobres, pero la vida ha cambiado mucho desapareciendo tantas distinciones entre unos y otros. La juventud hoy es fenomenal, da gusto hablar con ella y está más espabilada que antes en todo; tienen muchos más medios que nosotros. Han hecho grandes proyectos, cambiando los campos, juntando las tierras y son capaces de dominar el campo entre unos pocos; son grandes agricultores. Sobre los años sesenta había en Santibáñez 90 labradores y en La Isla 120; hoy, aquí veinticinco y alguno más en vías de jubilarse, pero han ascendido, porque ahora se dice “agricultores” y además no hay distinciones entre ricos y pobres.

Pues bien, al lado de este reguero estaba el bago llamado El Palomar, por haber en un tiempo un palomar famoso que tenía de mal humor a los labradores; hasta el extremo de mandar a los rapaces con una honda a espantar las palomas porque les arrancaban las habas. Había muchas palomas. La razón es que crían todos los meses, menos el de noviembre que es mes de la “fembrina”, que ni guara paloma ni pone gallina. Fue de renombre el palomar, pues hicieron pegando un pozo de noria que daba mucha agua que tiraban al reguero y allí lavaban muchas mujeres en años secos, porque se secaba el río escaseando mucho el agua y tampoco había lavadoras.

Cruzaba el camino de la salida del pueblo la Borgaña de Arriba dando el curso a la de Abajo, que recibía un poco más abajo el nombre de Cuerno de Cabra, que sólo producía espinos y pelujo en vez de hierba. Cruzando está el camino Toral hasta el llamado Cabecero que tenía un metro de desnivel dando curso a las tierras de La Isla y por el poniente a las de Toral. En tiempos remotos había grandes enriadas y el agua corrió por estas dos Borgañas por detrás del barrio de Palacios, haciendo grandes destrozos en tierras y casas y, como nadie podía pararla, hizo lo que quiso. Detrás del cementerio estaba el pueblo que llevó una riada, quedando el nombre de aquel pequeño terreno con los casares.

Un poco más arriba del cementerio, al camino Astorga, donde llamamos el plantel del ti Bernabé, a la larga del camino hay un pequeño terreno que tiene una historia. Hace poco que la sé y, por desgracia, no queda ninguno de los que estuvieron en el ajo, pero quizá la hayan oído contar sus herederos y hoy son propietarios de la recompensa. Así sucedió: Los mozos de Santibáñez y los de La Isla, no se llevaban muy bien. Tuvieron una pelea y uno de los mozos de La Isla apareció muerto en el camino en el tramo llamado San Martín, llamado así porque estaba allí la ermita del santo que fue llevada a La Isla. Nadie quiso hacerse cargo del muerto. Vinieron los guardias civiles y no pudieron averiguarlo; entonces los llevaron a todos a la cárcel y los retuvieron allí una temporada. Era verano perdieron de hacer los trabajos del campo. Cuando se cansaron de tenerlos allí los echaron fuera. El pueblo en recom-

pensa -no por su mala acción, sino por haber menguado sus intereses- les regaló una parcelita a cada uno; si puede llamarse así, porque debe ser más o menos un celemin, y son los planteles del camino Astorga y sus alrededores.

\*\*\*

La subasta de El Campo. En el barrio de Villazala había dos señores ya mayores que vivían cerca de la casa de mis padres; se llamaban el ti Frutos y el ti Fausto. Salía Frutos a la calle y daba una voz muy fuerte. Decía: “Se ha de partir El Campo”. Y contestaba Fausto desde la puerta de su casa con voz de trueno: “Y muy pronto”.

El Campo era terreno comunal y lo pusieron a pública subasta en Astorga. Enterados los bañezanos de la subasta se pusieron de acuerdo con nuestro pueblo e ir los dos a comprarlo. Los de La Bañeza mandaron a un abogado bien vestido de traje y corbata; los de Santibáñez al ti Alejín en representación del pueblo y vestido a la usanza de aquellos tiempos: con blusón, bragas y calzones. Se juntaron y por el camino trataron como iban a pujar. Que si pujas tú, que si pujo yo, quedaron de acuerdo en que pujara el ti Alejín comprara el campo y le diera la mitad al abogado.

El ti Alejín era más listo que el abogado. A cada puja decía: “Una piseta más”. Y ya cansado el pregonero de tanta “piseta más”, se lo adjudicó al tío Alejín. La gente de la subasta se quedó anonadada y sorprendida y decía: “Mira que el tío de las bragas llevarse el campo por la jodía piseta más”.

Salieron de la subasta los dos señores radiantes de felicidad por haberle quedado el campo y, llegando a la calle, le dice el abogado: “A ver, Alejo, vamos a quedar de acuerdo cómo lo repartimos”. A lo que contestó él: “Amigo mío, el campo es mío, que lo compré yo en pública subasta”. El abogado se puso negro y bramaba de rabia, pero no había vuelta de hoja: fue vendido en pública subasta. Nuestro representante rebosaba alegría por todos los poros de su cuerpo y quedó nuestro; repartiéndolo, como decían Fausto y Frutos. Los pobres, como siempre, como no tenían dinero, no temían perderlo y compraban un quiñón y los ricos sólo medio, por miedo a perderlo, pues El Campo es venturiego.

\*\*\*

También en el campo del barrio de Villazala hay historias que contar, pero ya termino con ésta, pues mi relato se parece mucho a un laberinto, aunque espero que muchos encontraran la salida.

Pues bien, desde el camino de San Cristóbal abajo había una Borgaña muy baja, pero al principio de ella era de suelo duro y seco. Allí ponían la era mi abuelo Juanín y el ti José Mea. Este señor era viudo y sus hijos pequeños. Eran grandes amigos los dos y cuando tenía que hacer alguna cosa le decía a mi abuelo: “Juanín, tengo un apuro. Voy a casa por comida (o hacer otra necesidad); cuídame los rapaces y de la era hasta que venga”. Mi abuelo encantado de ayudarle.

Antes era tan grande la miseria que se apañaba todo lo que se podía: como espigas, moñigos, peines para prender la lumbre y hasta pajas del rastrojo; amén de la rama de las patatas para arrojar el horno y cocer el pan, que salía a medio cocer.

Vamos al cuento que fue de verdad. Muchos llevaban los pollos a guarecer a la era y le hacían una covacha para que se refugiaran de noche. A algunos los mataban las doroncellas. Los pollos son muy madrugadores; cuando llegaban sus dueños por la mañana, ellos habían llenado la barriga en la era del vecino. Así siempre



**Francisco. Músico tradicional llionés**

tenían algo por que rezungar unos con otros.

Mi abuela quería llevar los pollos a la era y mi abuelo le decía: "Mira, Teresa, que no son más que para disgustos". Pero por no desairarla cedió y los llevó a la era. Los pollos como tontos iban casi siempre a comer a la era del tío José. Él los vigilaba y, ya cansado de verlos comer en su era, un domingo por la mañana, madrugó se cargó la escopeta a cuestras y allá se fue.

Desde lejos vio el rebaño zampando en su trilla. Se acercó un poco y apuntó. Pun, pun, pun. A uno, a uno, se los mató todos. Catorce. C cogió los catorce pollos, los metió en una cesta, se dirigió a casa de su amigo Juanín y, antes que mis abuelos se levantaran, se los metió todos por la colaga y se marchó a su casa.

Se levantó mi abuela la primera y, al ver tanto difunto junto a la colaga en el portal, lloró de pena. Llamó a sus hijas y les dijo: "Mirad lo que tenemos aquí". Llamó a mi abuelo llorando: "Juan, Juan, mira lo que nos hizo tu amigo José". Él le contestó: "Te estuvo bien; ya te había avisado. Te dije que no los llevaras y no hiciste caso".

Estando en esto todos contemplando los difuntos, picaron a la puerta. Abrió mi abuelo y... José Mea en persona. Al ver el panorama le dijo: "Los maté yo. Fui a la era y estaban todos comiendo en mi trilla". Lo miró mi abuelo a la cara y con una sonrisa de amigo le contestó: "Hiciste bien. Nada tenían que ir a comer allí. ¿No tenían la mía?" Se chocaron la mano y cada uno se fue a lo suyo. Pero mi abuelo todavía le dijo a mi abuela: "¿Quedaste harta de llevar los pollos a la era?" Mi abuela con los ojos llenos de lágrimas miró a los pollos difuntos, luego a su familia y no dijo nada; pero no volvió con más pollos a la era.

Lo que nunca me acordé de preguntarle a mi madre si los habían comido. Creo que los guisaran y los comieran porque el hambre es muy negra y en aquellos tiempos había mucha miseria.

## Anecdotalario Local (1945 - 2001)

Por AUGUSTO LÓPEZ TORAL

En el "Anecdotalario Local" publicado en el último número de La Veiga, correspondiente al año 2000, se dio cuenta de diversos acontecimientos, obras realizadas y curiosidades acaecidas en Santibáñez entre los años 1929 (primer año del que hay datos escritos) y 1944.

Vamos a seguir, en esta nueva entrega de La Veiga (que quizá sea la última de ésta ya segunda época) exponiendo esas anécdotas, acontecimientos, etc. sucedidos en los años posteriores, aunque de manera esquemática, de los últimos 57 años.

Estamos en el año 1945. Siguen siendo componentes de la Junta Vecinal Generoso Martínez, Emilio López y Laurentino Falagán. Transcurren los años 1945 y 1946 sin novedades que se destaquen en las actas, hasta que en 1947 se habla de diversas partidas y unidades de obra con sus precios y que deben referirse a la construcción y pago de las escuelas. Por vez primera aparece, en este año 1947, el pago del agua del pantano de Villameca por importe de 15.000 ptas. Se hacen varios viajes a León por el tema del "camino", pero no se da el nombre de éste, pero debe referirse al de Matilla, pues más adelante, en 1948, se solicita ayuda a la Diputación para la construcción del camino de Santibáñez a Matilla, en una longitud de 3 kilómetros, aportando Santibáñez el 40% (libro de actas). Según nota existente, costó 126.000 ptas. y se realizó en 1949, desglosándose las aportaciones de la siguiente manera:

- Aporta Matilla: ..... 12.000 ptas.
- Anticipo de la Diputación: ..... 5.000 ptas.
- Reparto vecinal: ..... 15.202 ptas.
- Remanente del año anterior: ..... 13.798 ptas.
- Arriendo de pastos de 1949-1950: ... 30.000 ptas.

Del año 1948, como dato a destacar (además de los trámites para la construcción del camino a Matilla) figura el acuerdo de construir un transformador que se realizó en 1949 y que debe referirse al que hasta no hace muchos años (1996) existió junto a la también desaparecida Gotera.

Año 1950. Constituyen la Junta Vecinal José Fernández Guerra, José Martínez e Isidro Miguélez. En este año se paga el camino de Matilla.

En 1951 se amplía la calle entre la casa rectoral y la iglesia. En 1952 se incorpora a la Junta Alfredo Martínez, cesando Isidro Miguélez. En 1953 se nombra una comisión encargada de gestionar los trámites de las tres viviendas para los maestros (que se harían en años posteriores); siendo nombrados: Domingo Fernández, Generoso Martínez y Mateo Martínez.

En el año 1954, un topógrafo realiza la medición del campo de Santibáñez. Se le asigna una persona para que le acompañe, siendo ésta Leonardo Martínez, a quien se le pagan 22 pesetas diarias. En este año toma posesión como secretario de la Junta Vecinal D. Recaredo López Martínez, que lo sería durante muchos años; hasta 1980. Se renueva la Junta: cesa José Martínez como vocal, incorporándose Jacinto Falagán. Por 2.400 ptas. se amplía y limpia el pozo artesiano.

En acta de 24 de abril de 1955 se habla de un proyecto de la